



Con un vehemente deseo, acariciado crecientemente en los últimos meses de su vida, logró superar la barrera del tiempo el

P. HONORIO GILDENBERGER

“Sagrados corazones de Jesús y de María os amo, salvad almas”, fue la jaculatoria que dejó multiplicada en el oído de quienes lo amamos por la sencillez de su corazón.

DATOS Y COMENTARIOS BIOGRAFICOS

Había nacido en Colonia San Miguel (Adolfo Alsina, Prov. de Bs. As.), el 23 de octubre de 1910. Sus padres, Don Francisco y doña Isabela Appalhans, alemanes del Volga, lo bautizaron el mismo día del nacimiento e inculcaron en él un profundo sentido cristiano de la vida y la observancia estricta de los mandamientos. Una huella indeleble le dejó su recordada madre con la que deseaba ir a descansar para siempre.

Procedente de Colonia San José (La Pampa), donde vivió su infancia, en 1923 entró en el aspirantado salesiano de Bernal, y allí permaneció, sin otro destino, hasta que, joven de óptimas esperanzas, los superiores deciden enviarlo a estudiar la teología en Roma. Había vivido y transcurrido en Bernal su noviciado (1927) y los dos trienios de votos temporales (1926–1933). Su profesión perpetua ya tuvo por digno testigo a la ciudad eterna en el año 1934.

El 25 de octubre de 1936 recibió, también en Roma, el presbiterado de manos de Mons. H. Pasetto. Por carta enviada al P. Inspector sabemos que vivió intensamente los trágicos acontecimientos que se sucedían, por entonces, en la cercana España.

En 1937 recibió en la Universidad Gregoriana la licenciatura en Teología y regresó a la Argentina iniciando su labor como sacerdote en Ramos Mejía. Habiendo pasado así los años de una formación intensa dominados por la aspiración al sacerdocio, concebido en su verdadera grandeza, orientado hacia la evangelización y salvación de las almas, con voluntad decidida había grabado su ser sacerdotal salesiano todo de Dios y todo para las almas, de acuerdo a la sensibilidad pastoral de un corazón como el de Don Bosco. No es de extrañar, entonces, que los superiores le asignaran la delicada tarea de asistente de clérigos (Bernal 1938-1941). Tarea que desempeña con fidelidad y constancia.

Luego, tras un año de docencia en el PIO IX de Buenos Aires (1942) desarrolló un trienio de catequesis en San Isidro, Santa Isabel, (1943-1945).

A partir de 1946 regresó a su querida Pampa donde habría de entregar el mayor y mejor cúmulo de energías físicas, espirituales y afectivas. En efecto, permaneció allí por espacio de treinta años, con una sola interrupción de su actividad en General Pirán y Uribelarrea como párroco en los años 1968 y 1969 respectivamente. El Colegio Domingo Savio de Santa Rosa lo tuvo como consejero y docente desde 1946 hasta 1955. Finalmente llega a su tierra de infancia como Vicario Actual: Colonia San José y las zonas aledañas iban a proporcionarle las mayores gratificaciones humanas y apostólicas según se puede resumir de las cartas que con infaltable puntualidad enviaba a la Inspectoría. Fue director y párroco en Eduardo Castex y párroco en Colonia San José, Victorica, Trenel y Colonia Barón. En 1976 solicita volver a Victorica, de allí pasa a la Casa de la Ensenada (1978) y a fines de 1981 pide poder acercarse a sus queridos hermanos, cuñados y sobrinos a quienes lo ligaban intensos vínculos de sangre. De este modo concluyó sus días terrenos en el Instituto Juan S. Fernández de Boulogne (San Isidro) el 18 de agosto de 1982.

DESENLACE EJEMPLAR

Su salud había desmejorado notablemente en los últimos años. El Dr. Roberto Ferella, de Ensenada, le otorgó toda clase de cuidados y atenciones médicas; pero, sus dolencias estomacales y, sobre todo, las alarmantes y constantes depresiones síquicas conformaban un síndrome poco halagüeño. Hallándose ya en Juan Segundo Fernández (S. Isidro), decayó su precario estado de salud declarándose una insuficiencia hepática irreversible y definitiva.

El hermano coadjutor de aquella Casa que lo asistía con verdadera y exquisita caridad fraterna, me iba confiando, visita tras visita, la índole paciente y dócil del enfermo.

“Para mí —me manifestó el sacrificado coadjutor— fue una bendición atenderlo”. Con plena conciencia de su estado se preparó para la muerte: rezaba constantemente y cuando parecía que dormía, de pronto arengaba al enfermero: “compañero, vamos a rezar el rosario, hace rato que no rezamos”. Allí demostró ser un hombre de oración y unión con Dios. Repetía a

menudo aquellas jaculatorias que había inculcado tantas veces durante su vida apostólica sacerdotal: "Jesús, José y María os doy el corazón y el alma mía, asistidme en mi última agonía" y levantando los brazos exclamaba: "Señor, tú sabes que yo te amo".

Ofreció sus sufrimientos, que no fueron pocos, por las vocaciones, su aumento y perseverancia. Recibió la Unción de manos del P. Luis Ramasso. La Santa Misa exequial fue concelebrada por los P.P. Inspectores de Buenos Aires y La Plata en unión a numerosos sacerdotes de ambas inspectorías. Participaron asimismo su hermana, su hermano y familiares como también los alumnos del Instituto quienes crearon con su devoción y sus cánticos un auténtico clima pascual. En el cementerio de la Chacarita, donde descansan sus restos, lo esperaba Mons. Guillermo Leaden para rezar el responso final como gesto de agradecimiento a su antiguo asistente, profesor y amigo.

Un gracias muy sentido y de corazón a los hermanos de Juan Segundo Fernández y a la Inspectoría de Buenos Aires que lo recibieron y acompañaron en sus últimos días.

BREVE PERFIL

Fue uno de los sacerdotes pampeanos que más se prodigó en favor de los alemanes del Volga que habían llegado a estas tierras en busca de un porvenir que no hubieran podido encontrar en su patria.

El P. Honorio sacerdote según el corazón de Cristo y de Don Bosco se distinguió por sus sólidas convicciones de fe que animaban el sacrificado servicio hacia sus almas y su gran amor a la Iglesia. No tuvo problemas respecto a la identidad; conocía por la fe, quién era por la gracia y a quien representaba. Su vida religiosa y su apostolado estaban sostenidos y alimentados, en su interioridad, por la oración y el sacrificio que enriquecían constantemente el sentido sobrenatural de su actividad pastoral.

Su esfuerzo por asimilar el entorno en el que había de desarrollar su acción misionera, su preparación teológica, su afán constante por mantenerse actualizado en las diversas disciplinas eclesísticas lo prepararon y ayudaron para la eficacia de su apostolado en medio de aquellos colonos que se sentían comprendidos y realmente confortados al recibir a través de la acción del P. Honorio los preciosos e inagotables tesoros de la redención.

Religioso sencillo, fervoroso, coherente, todos comprobaban cómo a la verdad de las afirmaciones de principio correspondiese la "verdad" de su vida.

Fue salesiano, podríamos decir, desde su nacimiento. Creció empapado del sentido salesiano. Creyó firmemente en nuestro Padre y en cuanto él propuso a sus hijos. De aquí el interés por los jóvenes y las muchas iniciativas de bien en favor de ellos. Bastaría recordar la fundación del Instituto Secundario de Colonia Barón.

Poseía un verdadero sentido de pertenencia a la Congregación. Fiel al cumplimiento de sus deberes como religioso y como celoso pastor no escatimó sacrificios para que el evangelio fuese conocido y practicado por las almas que el Señor le confiaba. Con su vida sacrificada, enraizada en la fe que no conocía desmayos se entregó a la difusión del Reino.

Su don de gente, su amabilidad y comprensión hallaban eco y correspondencia en el espíritu de todo aquél que se ponía al alcance de su actividad verdaderamente pastoral.

Los niños de Ensenada lo rodeaban con gusto en el patio y él "chichoneaba" con ellos en el mejor estilo salesiano. Los adultos de: "clase y ánimo popular" iban a buscar en él la palabra buena y el consejo espiritual en las pacientes horas transcurridas en el despacho parroquial.

Su espiritualidad tuvo un impacto carismático en los últimos meses cuando se afilió afectivamente al Movimiento Sacerdotal Mariano.

Queridos hermanos: quizá queden en la penumbra otros aspectos interesantes de la persona y de la acción del querido P. Honorio. Aquellos que lo han conocido sabrán fácilmente disculpar e integrar la brevedad de una "carta mortuoria".

Aunque tenemos la firme confianza de que él vive en la luz de Dios, por su vida buena y fiel, por su devoción y por los sudores apostólicos vertidos, recemos para que las deficiencias siempre presentes en la vida del hombre sean borradas por la infinita misericordia de Dios.

Junto a nosotros esté también la Auxiliadora tantas veces invocada durante su vida.

Quiera el Señor darnos jóvenes que con responsabilidad y esperanza asuman el trabajo apostólico que el Señor nos ofrece.

Ensenada, 16 de setiembre de 1982.

Cayetano Castello
Director

Datos para el necrologio:

Rdo. P. Honorio Gildenberger S.D.B.
Nació en Colonia San Miguel (Adolfo Alsina
Provincia de Buenos Aires) el 23/10/1910.
Falleció en San Isidro (Bs. As.) el 18-8-1982 a
72 años de edad, 54 de profesión religiosa y 45 de
sacerdocio.
